

Reflexiones sobre la historia de las ideas*¹

Arthur O. Lovejoy

Independientemente de la verdad o falsedad de cualquiera de las otras definiciones del hombre, en general se admite que éste se distingue entre las criaturas por el hábito de abrigar ideas generales. Como el Hermano Conejo, siempre acumuló muchos pensamientos; y por lo común se supuso –aunque algunas escuelas de filósofos impugnaron nominalmente el supuesto– que esos pensamientos tuvieron en todas las épocas mucho que ver con su comportamiento, sus instituciones, sus logros materiales en la tecnología y las artes y su fortuna. Puede decirse, por consiguiente, que cada rama de la historia incluye dentro de su campo algún sector de la historia de las ideas. Pero como resultado de la subdivisión y especialización cada vez más características tanto de los estudios históricos como de otros durante los dos últimos siglos, los sectores de esa historia que corresponden a las disciplinas históricas independientes llegaron a abordarse habitualmente en un aislamiento relativo, aunque rara vez completo. La historia de los acontecimientos políticos y los movimientos sociales, de los cambios económicos, de la religión, de la filosofía, de la ciencia, de la literatura y las demás artes y de la educación fue investigada por distintos grupos de especialistas, muchos de ellos poco familiarizados con los temas e investigaciones de los otros. Por ser lo que son las limitaciones de la mente individual, la especialización que tuvo esta situación como su consecuencia natural fue indispensable para el progreso del conocimiento histórico; no obstante, esa consecuencia también demostró ser, en definitiva, un impedimento para dicho progreso. Puesto que la departamentalización –ya sea por temas, períodos, nacionalidades o lenguas–

* Título original: “Reflections on the history of ideas”, en *Journal of the History of Ideas*, 1, 1, enero de 1940, pp. 3-23. Publicado con la autorización de esta revista. Traducción: Horacio Pons.

¹ El Consejo de Redacción consideró deseable que el primer número de esta revista contuviera algunas observaciones introductorias sobre la naturaleza y las metas de los estudios que la hoja se propone promover, y para algunos de cuyos frutos puede representar un vehículo adecuado de publicación. El redactor a quien se asignó la tarea, sin embargo, ya ha escrito con cierta extensión sobre el tema general en otros lugares (en *The Great Chain of Being*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1936, conferencia 1 [traducción castellana: *La gran cadena del ser*, Barcelona, Icaria, 1983], y en *Proc. of the Amer. Philos. Soc.*, vol. 78, pp. 529-543), por lo que han sido inevitables algunas repeticiones, en sustancia si no en la fraseología, de esas disquisiciones previas sobre el mismo tópico. Por otro lado, algunos aspectos de éste que fueron abordados en ellas han sido omitidos aquí, a fin de dar cabida a los comentarios sobre ciertas cuestiones pertinentes pero actualmente controvertidas. El autor es el único responsable de las opiniones expresadas sobre esas cuestiones.

del estudio de la historia del pensamiento no corresponde, en su mayor parte, a verdaderas divisiones entre los fenómenos estudiados. Los procesos de la mente humana, en el individuo o el grupo, que se manifiestan en la historia no corren por canales cerrados correspondientes a las divisiones oficialmente establecidas de las facultades universitarias; aun cuando esos procesos, sus modos de expresión o los objetos a los que se aplican sean lógicamente discernibles en tipos bastante distintos, están en una interacción constante. Y en el mundo no hay nada más migratorio que las ideas. Un preconcepto, una categoría, un postulado, un motivo dialéctico, una metáfora o analogía dominante, una “palabra sagrada”, un modo de pensamiento o una doctrina explícita que hace su primera aparición en escena en una de las jurisdicciones convencionalmente distinguidas de la historia (las más de las veces, quizás, en filosofía), puede trasladarse a otra docena de ellas, y con frecuencia lo hace. Estar familiarizado con su manifestación en sólo una de esas esferas es, en muchos casos, entender su naturaleza y afinidades, su lógica interna y su funcionamiento psicológico de una manera tan inadecuada que aun esa manifestación sigue siendo opaca e ininteligible. Todos los historiadores –incluso aquellos que, en su práctica real, reniegan en teoría de cualquier pretensión semejante– buscan en algún sentido y hasta cierto punto discernir relaciones causales entre los acontecimientos; pero, por desdicha, no hay ley alguna de la naturaleza que establezca que todos o siquiera los más importantes antecedentes de un efecto histórico dado, o todos o los más importantes consecuentes de una causa dada, se encontrarán dentro de una cualquiera de las subdivisiones aceptadas de la historia. En la medida en que el afán por describir aquellas relaciones se detenga en los límites de una u otra de esas divisiones, habrá siempre una alta probabilidad de que algunas de las relaciones más significativas –es decir, las más iluminadoras y explicativas– se pasen por alto. A veces hasta llegó a suceder que una concepción de gran influencia e importancia históricas careciera durante mucho tiempo de reconocimiento, debido a que sus diversas manifestaciones, cuyas partes constituían todo el cuadro, estaban tan ampliamente dispersas entre diferentes campos del estudio histórico que no había en ellos ningún especialista que pudiera tener una conciencia clara de su existencia. En síntesis, la historiografía está dividida a causa de excelentes razones prácticas, pero el proceso histórico no lo está; y esta discrepancia entre el procedimiento y la materia ha tendido, en el mejor de los casos, a producir serias lagunas en el estudio de la historia del hombre, y en el peor, a suscitar profundos errores y distorsiones.

Los estudiosos de muchas ramas de la investigación histórica han sido cada vez más sensibles a consideraciones como éstas en años recientes. Nadie cuestiona, sin duda, el carácter indispensable de la especialización; pero son cada vez más quienes estiman que la especialización no es suficiente. En la práctica, esto se manifiesta a veces en un cruce de determinados especialistas a campos que no son aquellos a los que se dedicaron originalmente y para los cuales se capacitaron. Es sabido que en ocasiones los funcionarios administrativos de las instituciones educativas se quejan, con cierta perplejidad, de los profesores e investigadores que no “se atienen a sus materias”. Pero en la mayoría de los casos, esta propensión a ignorar las barreras académicas no debe atribuirse a una disposición errabunda o a la codicia de la viña del vecino; al contrario, por lo común es la consecuencia inevitable de la tenacidad y la exhaustividad en el cultivo de la propia. Puesto que –para repetir una observación que este autor ya hizo en otra parte, con una referencia primaria a la historia de la literatura– “la búsqueda de una comprensión histórica aun en pasajes literarios aislados a menudo impulsa al estudioso a campos que al principio parecen bastante alejados de su tópico original de inves-

tigación. Cuanto más avanzamos hacia el corazón de un problema histórico estrechamente limitado, más probable es que encontremos en el problema mismo una presión que nos empuja más allá de esos límites”. Dar ilustraciones específicas de este hecho alargaría de manera indebida estas observaciones introductorias;² sin duda, en las siguientes páginas de esta revista aparecerán ejemplos en abundancia. Aquí basta con señalar, como un rasgo extremadamente característico del trabajo contemporáneo en muchas de las ramas de la historiografía conectadas de una u otra forma con los pensamientos de los hombres (y sus emociones, modos de expresión y acciones relacionadas), que las barreras no son, por cierto, derribadas en general, sino atravesadas en un centenar de puntos específicos; y que la razón de ello es que, al menos en esos puntos, las barreras han sido vistas como obstáculos a la comprensión adecuada de lo que se encuentra a uno y otro lado de ellas.

Es incuestionable que la erudición histórica corre cierto peligro con esta nueva tendencia. Se trata de un peligro ya insinuado, el de que los estudiosos con una sólida formación en los métodos y un amplio conocimiento de la literatura de un campo limitado –aun cuando sea arbitrariamente limitado– demuestren estar preparados de manera inadecuada para la exploración de otras esferas en las que, de todos modos, se adentraron natural y legítimamente debido a las conexiones intrínsecas de los temas que investigan. La mayoría de los historiadores contemporáneos de cualquier literatura nacional, por ejemplo, o de la ciencia o una ciencia en particular, reconocen en principio –aunque muchos todavía con demasiada renuencia– que las ideas derivadas de sistemas filosóficos han tenido una vasta y a veces profunda y decisiva influencia sobre la mente y los escritos de los autores cuyas obras estudian; y se ven obligados, por lo tanto, a ocuparse de esos sistemas y exponer esas ideas ante sus lectores. Pero no siempre –y tal vez no sea demasiado descortés decirlo– lo hacen muy bien. Cuando así sucede, la culpa, sin duda, la tienen a menudo las historias de la filosofía existentes, que con frecuencia omiten dar a quien no es filósofo lo que más necesita para su investigación histórica especial; pero sea como fuere, son insatisfactorias para el erudito que ha aprendido de la experiencia en su propia especialidad los riesgos de apoyarse de manera demasiado implícita en las fuentes secundarias o terciarias. Sin embargo, para tener una comprensión precisa y suficiente del funcionamiento de las ideas filosóficas en la literatura o la ciencia se necesita algo más que una lectura extensiva de los textos filosóficos: cierta aptitud para el discernimiento y análisis de conceptos y un ojo avezado para las relaciones lógicas o las afinidades cuasi lógicas no inmediatamente obvias entre ideas. Gracias a un dichoso don de la naturaleza, estas facultades se encuentran a veces en autores históricos que desaprobaban que los llamaran “filósofos”; pero en la mayoría de los casos, si es que se alcanzan, también deben mucho a un cultivo y una formación persistentes, de los que el estudioso de la filosofía naturalmente obtiene más que los especialistas en la historia de la literatura o la ciencia, y por cuya falta en estos últimos el filósofo considera en ocasiones que están más o menos ampliamente extraviados en sus digresiones necesarias por la filosofía. A su turno, ellos –en particular el historiador de la ciencia– podrían sin duda responder no pocas veces con un *tu quoque* al historiador de la filosofía; si es así, tanto mejor ilustrado quedará el presente aspecto; y con toda facilidad podrían encontrarse muchas otras ilustraciones.

² Algunas fueron dadas por el autor en un artículo antes mencionado, *Proc. of the Amer. Philos. Soc.*, vol. 78, pp. 532-535.

El remedio para los efectos defectuosos de la especialización en la investigación histórica, entonces, no está en una práctica general por la que los especialistas simplemente invadan los territorios de los demás o se hagan cargo de sus tareas. Reside en una cooperación más estrecha entre ellos en todos los puntos en que sus jurisdicciones se superponen, el establecimiento de más y mejores dispositivos de comunicación, la crítica y la ayuda mutuas: concentrar en lo que son, por su naturaleza, problemas comunes, todos los conocimientos especiales pertinentes para ellos. Uno de los objetivos de esta revista es contribuir, en la medida en que lo permitan sus recursos, a una *liaison* más eficaz entre las personas cuyos estudios tienen que ver con las diversas pero interrelacionadas partes de la historia, hasta donde ésta se ocupa de las actividades de la mente del hombre y sus efectos sobre lo que él ha sido y hecho, o bien (para cambiar la metáfora) prestar una asistencia orientada hacia una mayor fertilización cruzada entre los distintos campos de la historiografía intelectual. La esperanza es que la revista, entre otras cosas, sirva como un medio útil para la publicación de investigaciones que atraviesan los límites habituales o tienen un interés y un valor probables para los estudiosos de otros campos al margen de aquellos a los que en principio pertenecen. Su folleto ya ha indicado, como ilustración, algunos tópicos en los que sus redactores creen que una investigación más profunda será potencialmente provechosa y para los cuales las colaboraciones serán especialmente bienvenidas:

1. La influencia del pensamiento clásico sobre el pensamiento moderno, y de las tradiciones y escritos europeos sobre la literatura, las artes, la filosofía y los movimientos sociales norteamericanos.

2. La influencia de las ideas filosóficas en la literatura, las artes, la religión y el pensamiento social, incluido el impacto de las concepciones generales de amplio alcance sobre los criterios del gusto y la moralidad y las teorías y métodos educacionales.

3. La influencia de los descubrimientos y teorías científicas en las mismas esferas del pensamiento y en la filosofía; los efectos culturales de las aplicaciones de la ciencia.

4. La historia del desarrollo y los efectos de determinadas ideas y doctrinas generalizadas y con vastas ramificaciones, como la evolución, el progreso, el primitivismo, las distintas teorías de la motivación humana y las evaluaciones de la naturaleza del hombre, las concepciones mecanicistas y organicistas de la naturaleza y la sociedad, el determinismo y el indeterminismo metafísicos e históricos, el individualismo y el colectivismo, el nacionalismo y el racismo.

Pero la función de esta revista no consiste exclusivamente en contribuir a generar una correlación fructífera entre disciplinas más antiguas y especializadas. Puesto que el estudio de la historia de las ideas no necesita justificarse por sus servicios potenciales –por grandes que sean– a los estudios históricos que llevan otras denominaciones. Tiene su propia razón de ser. No es meramente auxiliar de los demás. Conocer, en la medida en que pueden conocerse, los pensamientos que tuvieron amplia vigencia entre los hombres sobre cuestiones de interés humano común, determinar cómo surgieron, se combinaron, interactuaron o se contrarrestaron entre sí y cómo se relacionaron de diversas maneras con la imaginación, las emociones y la conducta de quienes los abrigaron: ésta, aunque no por cierto la totalidad de esa rama del conocimiento que llamamos historia, es una de sus partes distintivas y esenciales, su aspecto central y más vital. Puesto que, si bien las condiciones ambientales fijas o cambiantes de la vida humana individual y colectiva y las conjunciones de circunstancias que no se deben al

pensamiento o la premeditación del hombre son factores del proceso histórico que nunca hay que pasar por alto, el actor de la obra, su héroe –en estos días algunos dirían su villano–, sigue siendo el *homo sapiens*; y la tarea general de la historiografía intelectual es mostrar, en la medida de lo posible, al animal pensante dedicado –a veces con fortuna, otras desastrosamente– a su ocupación más característica. Si la justificación de *cualquier* estudio de la historia –como algunos se complacerían en decir– es simplemente el interés humano tanto de sus episodios como del conmovedor drama de la vida de nuestra especie en su conjunto, entonces ese estudio está justificado en el más alto de los grados. Ahora bien, si la investigación histórica en general se defiende con el argumento –que algunos historiadores contemporáneos parecen rechazar– de que el conocimiento que provee es “instructivo”, que aporta material conducente a posibles conclusiones generales –conclusiones que no se relacionan meramente con el surgimiento y las sucesiones de hechos pasados y particulares–, entonces ningún sector de la historiografía parece brindar una mejor promesa de este tipo de utilidad que una investigación debidamente analítica y crítica de la naturaleza, la génesis, el desarrollo, la difusión, la interacción y los efectos de las ideas que las generaciones de hombres han atesorado, por las que disputaron y que aparentemente los movieron. Que el conocimiento que el hombre más necesita es el de sí mismo es una opinión suficientemente antigua y respetable; y la historia intelectual constituye notoriamente una parte indispensable, y la más considerable, de ese conocimiento, hasta donde cualquier estudio del pasado puede contribuir a él. A decir verdad, en ningún momento de la vida de la especie ha sido más trágicamente evidente la pertinencia del imperativo délfico; puesto que hoy debe ser obvio para cualquiera que el problema de la naturaleza humana es el más grave y fundamental de todos nuestros problemas, y que la pregunta que, más que ninguna, exige una respuesta es la siguiente: “¿Qué pasa con el hombre?”

ILa observación general de que el conocimiento concerniente a la historia de las ideas tiene un valor independiente y no es meramente instrumental para otros estudios bien podría parecer demasiado obvia para que hubiera que insistir en ella, si no fuera porque tiene consecuencias, no siempre claramente advertidas, con respecto a los métodos y objetivos de la historia literaria. Los pensamientos de los hombres de las generaciones pasadas tuvieron su expresión más extensa, y a menudo más adecuada y psicológicamente iluminadora, en los escritos que por lo común se diferencian del resto –aunque por criterios que no suelen ser muy claros– como “literatura”. Cualquiera sea el punto en que se trace la línea divisoria, habría un acuerdo general en que la literatura es, al menos entre otras cosas, un arte. Como no hay un consenso universal en cuanto al significado de “arte”, por sí misma esta clasificación no aclara en exceso el tema; pero tal vez podamos decir, sin demasiado riesgo de suscitar desacuerdos, que una obra de “arte” lo es en virtud de su relación con un artista que la produce o con un lector, oyente o espectador potencial (o con ambos). Y si se la considera exclusivamente en la segunda relación, puede decirse que la obra de arte se diferencia de otros objetos artificiales visibles o audibles por su capacidad de producir en quien la percibe algo distintivo llamado “goce estético” o, al menos, “experiencia estética”, que (aunque aquí evitemos juiciosamente su definición) no es de todos modos meramente idéntica a la experiencia cognitiva o al reconocimiento de una posible utilidad ulterior que el objeto pueda tener. Además, suele sostenerse que las obras de arte difieren en gran medida en cuanto a sus valores estéticos, sea cual fuere la forma de medirlos. Ahora bien, algunos autores recientes, en especial, han afir-

mado que una obra de arte, así concebida, debe contener su valor estético, es decir, las fuentes de la experiencia estética que evoca, en sí misma y no en algo ajeno a ella. En la medida en que se trata de la calidad y la eficacia estética de un poema, no tiene importancia quién lo escribió, cuándo, qué clase de persona era, por qué motivo lo compuso y ni siquiera qué pretendía transmitir con él; y si el lector permite que su mente se afane con cuestiones como éstas, debilita o pierde por completo la experiencia que el poema, como obra de arte, tiene la función de suscitar. Y por consiguiente, algunos a quienes preocupa este aspecto de la literatura han sostenido que el estudio de la historia literaria resulta principalmente en la acumulación de información colateral *sobre* poemas, por ejemplo, que no agrega nada a la experiencia estética como tal sino que, al contrario, la obstaculiza o anula, ya que interpone algo que es estéticamente irrelevante entre el poema y el lector. Así, el señor C. S. Lewis señala que “ninguno de los resultados que tal vez se deriven de mi lectura de un poema puede incluirse en mi aprehensión poética de éste y, por lo tanto, no puede pertenecer a él como poema”; a partir de esta premisa (en sí misma indiscutible), ataca, con una inspiración y destreza argumentativas que de por sí contienen mucho arte, la idea de que la “poesía debe considerarse como una ‘expresión de la personalidad’”, y lamenta “el papel en constante crecimiento de la biografía en nuestros estudios literarios”. “Cuando leemos poesía como debería leérsela, no tenemos ante nosotros ninguna representación que pretenda ser el poeta, y con frecuencia absolutamente ninguna representación de un *hombre*, un *carácter* o una *personalidad*.” De hecho, puede haber “poemas sin poeta”, esto es, escritos que (como ciertos pasajes de la Biblia inglesa) adquirieron con el paso del tiempo un valor poético que no se debe a nada que nadie haya *puesto* alguna vez en ellos.³ (Al parecer, se suprime aquí cualquier distinción esencial entre la experiencia de la belleza en los objetos naturales y las obras de arte.) De tal modo, si el conocimiento sobre la “personalidad” del poeta es ajeno a la “aprehensión poética” del poema, aún más ajenas deben ser las otras clases de conocimiento que los historiadores literarios buscan con tanto afán, sobre sus experiencias, educación, relaciones, “antecedentes”, fuentes, opiniones filosóficas, reputación contemporánea, influencia posterior y cosas por el estilo.

Estas opiniones no se citan aquí principalmente con el objetivo de discutir las cuestiones de teoría estética que plantean; no obstante, una de ellas tiene cierta pertinencia para el tema que nos ocupa y vale la pena que la consideremos brevemente antes de pasar al punto central. Se trata de la cuestión general de si la información sobre, digamos, un poema, no contenida en él, es necesariamente incapaz de intensificar la experiencia estética o la “aprehensión poética” del lector; lo que sugiero es que la respuesta debe ser negativa. Se puede, desde luego, *definir* los términos “estético” o “aprehensión poética” de manera tal que se deduzca necesariamente una respuesta afirmativa a la cuestión; pero la consecuencia es entonces puramente verbal y no tiene nada que ver con ningún aspecto relacionado con un hecho psicológico. Pero es difícil ver cómo alguien puede, excepto gracias a esa inferencia verbal, considerar plausible la tesis de que las fuentes de lo que por lo común reconoceríamos como el goce estético de un poema o de cualquier obra de arte deben consistir totalmente en su contenido literal y explícito.⁴ Puesto que el

³ E. M. W. Tillyard y C. S. Lewis, *The Personal Heresy: A Controversy*, Londres/Nueva York, Oxford University Press, 1939, pp. 1, 4, 5, 16.

⁴ El tema fue abordado de manera iluminadora y más adecuada de lo que es posible aquí por Louis Teeter en un artículo (“Scholarship and the Art of Criticism”, en *ELH*, septiembre de 1938) que debería ser de lectura obligatoria para todos los interesados en esta cuestión.

valor estético del poema –de acuerdo con la misma opinión que ilustran algunas de las frases del señor Lewis– depende de su efecto sobre el lector, y esto, a su vez, sin duda depende mucho del lector –de lo que los psicólogos solían llamar antaño “la masa de apercepción” que él aporta a la lectura–. El estímulo externo que da origen al poema consiste, es cierto, en las palabras reales de éste; pero la capacidad, aun de las palabras aisladas, de sugerir una imaginiería o suscitar emoción, para no hablar de transmitir ideas, se debe a las asociaciones que ya tienen en la mente del lector, y éstas pueden ser y a menudo son los productos de otras lecturas. Cualquier palabra o pasaje alusivos lo ilustran.

Tal vez la misma canción que encontró un camino
Hacia el apesadumbrado corazón de Rut cuando, nostálgica,
Se detuvo a llorar en medio de la cebada ajena.

El poema no nos dice quién era Rut y tampoco en qué otro lugar de la literatura se la menciona; *ésa* es una información histórica ajena aunque, por fortuna, conocida por todos los lectores occidentales. ¿Se aventurará alguien a afirmar que, en la mayoría de ellos, el goce estético de los versos disminuye en vez de intensificarse por su posesión de ese conocimiento? ¿Y hay alguna razón para suponer que un tipo similar de conocimiento, aun cuando sea de difusión menos generalizada, puede no enriquecer de manera semejante –en quienes lo tienen– el valor estético de muchos otros pasajes? Si tuviéramos espacio para ello, podríamos mencionar cientos de ejemplos en que sin lugar a dudas lo hace. Las perspectivas históricas que una palabra o un poema pueden evocar, clara u oscuramente, son con frecuencia (dada la necesaria familiaridad con la historia) una gran parte de la experiencia estética que suscitan: un incremento de su volumen imaginativo. Los posibles aportes del historiador a la “aprehensión poética” del lector tampoco se limitan a pasajes aislados evidentemente alusivos o evocativos. A menudo es él quien permite al lector volver a captar, en escritos de épocas anteriores, valores estéticos perdidos porque el marco de referencia, los preconceptos y el humor que antaño les dieron ese valor para sus contemporáneos ya no tienen vigencia. ¡Qué magro sería el contenido estético de la *Divina Comedia* en su totalidad o de la mayoría de sus partes para un lector moderno –en especial para un lector no católico– completamente ignorante de las ideas, sentimientos y devociones medievales o incapaz, mientras la leyera, de hacerlos hasta cierto punto suyos gracias a un esfuerzo de la imaginación! En efecto, el ejercicio mismo de la imaginación histórica, incluso al margen de su función en la revitalización de esta u otras obras maestras, ha sido, desde que los occidentales adquirieron una propensión a la historia, una de las principales fuentes de la experiencia estética, aunque *ésa* es harina de otro costal. Desde luego, no todo el conocimiento histórico o de otro tipo que sea pertinente a una obra de arte determinada, pero derivado de fuentes extrínsecas a ella, contribuye de ese modo a su fuerza. Algunos lo hacen, otros no; por anticipado no puede formularse ninguna regla general sobre el tema. Pero de ningún modo es evidente que aun el conocimiento de fuentes externas sobre el artista, su “personalidad” o su vida, es uno de los tipos de información colateral que necesariamente no tiene este efecto y que los estudios biográficos, por consiguiente, no pueden contribuir al goce de la literatura. Difícilmente pueda negarse la irrelevancia estética de una parte considerable de las crónicas, escandalosas o edificantes, de la vida de los autores. Es por lo menos discutible que cualquiera de los descubrimientos sobre Shakespeare intensifique el efecto de las obras; y aún más dudoso que un conocimiento de la vida privada del reverendo

C. L. Dodgson haga que *Alicia en el País de las Maravillas* se disfrute más. Pero hay muchos ejemplos del lado contrario. Habría sin duda un *pathos* conmovedor en “Todos, todos se han ido, los viejos rostros familiares” si el poema fuera anónimo, pero hay mucho más cuando me entero de que fue escrito por Charles Lamb –un dato que no forma parte del poema– y sé algo sobre las trágicas circunstancias de su vida. O bien consideremos “Abatimiento: una oda”, de Coleridge: nuestro conocimiento presente (que debemos a sus biógrafos y los compiladores de sus cartas) de las experiencias que le dieron origen y del hecho de que marcó el fin de su gran período creativo como poeta, hace que el poema sea mucho más conmovedor de lo que pudo haber sido para la generalidad de los lectores del *Morning Post* en 1802. Ese conocimiento añade lo que podemos llamar una nueva dimensión a una obra de arte, la dimensión dramática, así como en una obra, un pasaje poético aislado, aunque pueda ser bello en sí mismo, debe la plenitud de su efecto al conocimiento por parte del lector de la personalidad ficticia de quien habla y de la situación que la evoca y la hace dramáticamente apropiada.

Por el amor de Dios, sentemos en el suelo
Y contemos tristes historias sobre la muerte de los reyes...

Todo el pasaje puede extraerse de su contexto y asignársele un lugar en una antología; pero quien sólo lo hubiera conocido como un fragmento independiente, ¿consideraría disminuida su “aprehensión imaginativa” tras enterarse de que en la obra es recitado por un rey y que éste, Ricardo II, se encuentra ante una crisis de su suerte que exige una acción resuelta y no meditaciones autocompasivas sobre las ironías de la condición real? El aumento del contenido estético que los versos obtienen gracias a ese conocimiento de su marco dramático es esencialmente similar al que un poema u otro escrito puede ganar a veces con el conocimiento por parte del lector de su autoría, su lugar en la vida del autor y la relación con su carácter. Sin lugar a dudas, éste no es un elemento del arte, esto es, del designio del creador de la obra; pero no por esa razón deja de ser un enriquecimiento de la experiencia estética del lector, lo cual es presuntamente una de las finalidades de la “enseñanza de la literatura”.⁵ Y si la obra se considera en relación con la destreza o “capacidad artística” de su creador, la “apreciación estética” de este aspecto es prácticamente imposible si no se va más allá de la obra misma. Puesto que depende de un conocimiento –o un supuesto– de lo que el artista trata de hacer, que de ningún modo puede inferirse siempre segura o plenamente a partir del contenido evidente de la obra; y también depende de la familiaridad con otros asuntos extrínsecos, como su tema (si o en la medida en que su propósito se supone descriptivo o realista), las limitaciones de su

⁵ En el debate de Lewis y Tillyard al que he hecho referencia parecen estar en discusión dos “herejías personales”, no suficientemente discernidas. Una es el supuesto de que un poema (y en general se alude a un solo poema) nos dice *necesariamente* todo sobre la “personalidad” del poeta. Al sostener la postura negativa sobre el tema, me parece que el señor Lewis lleva la mejor parte en la discusión. Pero la respuesta correcta, a mi juicio, es que no es lícita ninguna generalización sobre este punto; algunos poemas nos dicen todo, otros no. La cuestión más seria se refiere a la opinión del señor Lewis de que, cuando “leemos un poema como habría que leerlo”, *no deberíamos* saber o querer saber nada sobre el poeta, dado que esto interfiere la “experiencia imaginativa”. Y este aspecto forma parte de la cuestión más general, antes discutida, de si *cualquier* conocimiento extrínseco acerca de un poema puede hacer un aporte a la experiencia estética suscitada por su lectura. Sin embargo, ninguno de los dos interlocutores de lo que es, en muchos aspectos, un brillante ejemplo del cortés arte de la controversia, considera de manera muy definida este problema general y fundamental.

medio, otros ejemplos del tratamiento del mismo tema o de ensayos del mismo género y (cuando pueden determinarse con certeza) las fuentes que utilizó. Indudablemente, este elemento en la apreciación (por ejemplo) de “Kubla Khan” no se vio menguado con la publicación de *The Road to Xanadu*.

La noción misma de una obra de arte como un tipo de cosa autónoma es entonces un absurdo psicológico. La obra *funciona* como arte a través de lo que provoca en quien la experimenta; nada en ella tiene eficacia estética, excepto gracias a su facultad de evocar ciertas respuestas en él; de modo que, salvo en un sentido físico, puede decirse que su contenido está tanto en él como en sí misma. Y por sí sola, esta consideración general, aun al margen de la mención de ejemplos particulares, parece establecer una presunción suficiente contra la doctrina, hoy un tanto de moda en diversos lugares, de que al leer literatura la ignorancia siempre es felicidad, que el mejor lector es quien menos tiene en la cabeza y que, por consiguiente, el tipo de conocimiento que puede resultar del estudio histórico de la literatura nunca es útil para los propósitos estéticos de ese arte. Pero aunque dicho estudio pueda prestar y haya prestado muchos y notables servicios de este tipo, todavía es necesario insistir –y éste es el aspecto especialmente pertinente para el tema que nos ocupa– en que no es ésa su única y ni siquiera su principal función. “La historia literaria –escribió el difunto Edwin Greenlaw– tiene a la literatura por una fase de esa historia del espíritu humano que es uno de los principales aprendizajes, el propio humanismo.”⁶ En síntesis, es una parte –una gran parte– de la búsqueda de ese conocimiento del accionar de la mente del hombre en la historia que, al tener su propia excusa para ser, ni siquiera está subordinado a fines tan valiosos como la apreciación estética o la crítica de obras de arte específicas. Pero así concebidos, la jurisdicción y los métodos de la historia literaria deben ser determinados por la propia finalidad histórico-psicológica de ésta y no por las evaluaciones contemporáneas de la excelencia estética o la validez filosófica de los escritos de hombres de tiempos pasados. Por evidente que esto sea, todavía parece habitual cierta confusión de ideas con respecto a la cuestión, no sólo en la opinión pública y entre los críticos literarios, sino también entre los estudiosos y profesores de literatura. Habida cuenta de que, *como* arte, existe para “ser disfrutada” (en el sentido más amplio del término), a veces se supone, tácita si no explícitamente, que el propósito de estudiarla y enseñarla es exclusivamente aumentar o comunicar ese goce; y, en la medida en que prevalece este supuesto, el resultado natural es la limitación del estudio a lo que hoy se considera como “buena” literatura: los escritos que todavía tienen (o que los profesores académicos, con frecuencia un poco ingenuamente, estiman que tienen) un alto valor estético para la mayoría de los lectores de nuestro tiempo. Así, un distinguido erudito inglés que hace poco redescubrió a un casi olvidado pero admirable prosista inglés del siglo xvii (Peter Sterry) y editó antologías de sus obras, explica que su “meta [la del editor] ha sido no tanto mostrar los aspectos de la obra de Sterry que probablemente suscitaron la mayor impresión entre sus contemporáneos como los elementos que a mi juicio tienen las cualidades universales y perdurables de la gran literatura”. Aquí, desde luego, la parte de los contenidos de los escritos de este autor que es de mayor valor histórico –la que arroja más luz acerca de lo que era característico de los pensamientos, los temperamentos y el gusto de su época y su grupo– se trata como algo más o menos desdeñable, porque tiene (o, *por esa misma razón*, se presume que

⁶ E. Greenlaw, *The Province of Literary History*, Baltimore, The Johns Hopkins Press, 1931, p. 38.

tiene) menos valor “literario”. Ahora bien, hacer accesible al lector contemporáneo una obra olvidada de “gran” literatura –o, en todo caso, de literatura aún deleitable– es decididamente una empresa digna de elogio. Pero es extraño soslayar, en esos escritos, lo que es más pertinente a “uno de los principales aprendizajes” –esa parte esencial de la “historia del espíritu humano”– al que el historiador literario, como historiador, tiene el papel primordial de contribuir. En general no es hoy lícito decir que quienes se dedican a este estudio pasan por alto su función como historiadores de las ideas (incluidos los métodos artísticos y las valuaciones y gustos estéticos); pero, debido a la confusión de las dos metas, en ocasiones son objeto de reproches por ocuparse tanto de lo que *no* es “buena literatura” y tal vez ni siquiera “literatura” en absoluto; y ellos mismos parecen con frecuencia disculparse un poco por ello. Aún hoy no es completamente superfluo proponer algo así como una declaración de independencia para el estudio auténticamente histórico de la literatura, en sí misma y en sus relaciones con otras fases de la historia del pensamiento, el sentimiento, la imaginación y la evaluación humanos. En esta revista, la independencia (que no implica indiferencia) de la historiografía de la literatura con respecto a todos los criterios no históricos de relevancia e importancia, y también su inseparable conexión con la mayoría de las partes restantes de esa historia total, se suponen *ab initio*. Como fuente de deleite y medio de ampliar y profundizar la experiencia interior, la literatura tiene un valor; como “crítica de la vida” tiene otro (para cuya apreciación uno de los medios necesarios es el conocimiento de su historia); y tiene un tercer valor como cuerpo indispensable de documentos para el estudio del hombre y de lo que ha hecho con las ideas, y lo que las diversas ideas hicieron con y para él.

III Para evitar posibles malentendidos, vale la pena decir que los términos “ideas” e “intelectual” no se utilizan aquí en un sentido que implique supuesto alguno de la determinación exclusiva o principalmente lógica de opiniones y conductas y del movimiento histórico del pensamiento. En la actualidad circula con amplitud aun entre el público en general una doctrina que sostiene que las creencias y sus fundamentos declarados, así como los actos de individuos y grupos sociales, no están configurados por procesos “intelectuales” sino por deseos, pasiones e intereses no racionales inconfesados o “subconscientes”. Este “descubrimiento de lo irracional –afirmó un autor reciente– constituye el genio de nuestra época. [...] Es probable que la revolución intelectual del siglo xx demuestre ser la cartografía de la *terra incognita* de lo irracional y la deducción de sus implicaciones para todas las esferas del pensamiento humano”. Se trata “nada menos que de una revolución copernicana en las ideas”, puesto que significa que “el hombre racional y bien pensante ha dejado de ser considerado el centro de nuestro sistema intelectual con tanta certeza como la tierra dejó de ser el centro de nuestro sistema planetario”.⁷ El descubrimiento no es tan reciente como por lo común se supone, y podemos preguntarnos si la exploración de la “*terra incognita* de lo irracional” no se intentó acaso con tanta diligencia y sutileza en el siglo xvii como en el siglo xx. Pero de todos modos es poco probable que los estudiosos contemporáneos de la historia del pensamien-

⁷ Max Lerner en *The Nation*, 21 de octubre de 1939. El término “racional”, desde luego, exige una definición, y es preciso examinar el supuesto de la equivalencia de “no racional” e “irracional”; pero es imposible abordar estos tópicos aquí.

to la pasen indebidamente por alto. Pocos de ellos suelen considerar al hombre como un animal altamente racional, en el sentido laudatorio, o negar que los factores no lógicos cumplen un gran papel en la mayoría de los fenómenos que investigan; y sería un error conceptual suponer que el historiador intelectual se ocupa exclusivamente de la historia de la intelección.

Tal vez el mayor peligro esté hoy en el otro lado. Una de las generalizaciones más seguras (y útiles) derivadas de un estudio de la historia de las ideas es que todas las épocas tienden a exagerar el alcance o la finalidad de sus propios descubrimientos o redescubrimientos y a encandilarse tanto con ellos que no logran discernir con claridad sus limitaciones y olvidan aspectos de la verdad contra cuyas anteriores exageraciones se han rebelado. Ahora bien, la idea de que la doctrina de la determinación no racional de los juicios e ideologías de los hombres no es cierta sin excepciones es el supuesto obvio de todos los que enuncian opiniones y publican argumentos notoriamente razonados en apoyo de ellas –y, por lo tanto, el supuesto de los autores de la doctrina y de todos los que procuran justificar con pruebas cualquier proposición histórica–. Es verdad que algunos representantes de la doctrina conocida como “sociología del conocimiento” (*Wissenssoziologie*), que sostiene que los “modos de pensamiento” de todos los individuos están determinados por y en consecuencia son relativos a la naturaleza de los grupos sociales a los que esos individuos pertenecen –no simplemente clases económicas sino también “generaciones, grupos de estatus, sectas, grupos ocupacionales, escuelas, etc.”–, deducen de esta hipótesis psicológica una especie de lógica o epistemología relativista (o “relacional”, como prefieren denominarla) generalizada. De acuerdo con el conjunto de presupuestos característicos de un grupo dado, algunas conclusiones son válidas y otras inválidas, pero cada grupo tiene (al parecer) su propio “modelo de pensamiento”, sus criterios distintivos con respecto a lo que es verdadero o falso, que no valen para los demás. Y ciertos adherentes de esta forma de la doctrina general parecen dispuestos a que ese relativismo se aplique a sus propios argumentos; así, el señor Karl Mannheim escribe que “siempre cabe esperar que aun nuestro propio punto de vista sea característico de nuestra posición [social]”.⁸ No obstante, las ingeniosas y a menudo sugerentes interpretaciones de la historia expuestas por los miembros de esta escuela no parecen, en realidad, presentarse como válidas para el lector en una de sus condiciones, digamos la de profesor de sociología, e inválidas en otra, por ejemplo la de hombre de más de cuarenta años o contribuyente al impuesto a las ganancias en una de las categorías inferiores; estos razonamientos tampoco se presentan (como cabría esperar) como exclusivamente válidos para los lectores que pertenecen exactamente a la misma clase económica, generación, grupo de estatus, grupo ocupacional y afiliación religiosa que los autores. Si se formularan de ese modo, sus pretensiones a la consideración quedarían, desde luego, muy restringidas. Los voceros de este tipo de relativismo sociológico, en resumen, dan notoriamente *cierta* cabida a los criterios comunes de la verdad fáctica y la legitimidad en la inferencia, que su teoría excluiría en su interpretación extrema. Es palmario que no creen realmente que la proposición de que George Washington era un gran terrateniente es verdadera para un episcopaliano de Virginia pero falsa para un bautista de Chicago, y tampoco que su propia tesis de que las opiniones y “modelos de pensamiento”,

⁸ K. Mannheim, *Ideology and Utopia*, Nueva York, Harcourt, Brace and company, 1936, p. 269; cf. toda la sección “The Sociology of Knowledge”, pp. 236-280 [traducción castellana: *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, México, FCE, 1993]. Véase también la excelente y breve reseña de Robert K. Merton sobre este movimiento, “The Sociology of Knowledge”, en *Isis*, XXVII, 3, noviembre de 1937, pp. 493-503.

al margen de la ciencia pura, están, de acuerdo con la evidencia histórica, correlacionados con el estatus o la posición sociales, debería ser aceptada sólo por personas de determinado estatus o posición. Aun ellos, entonces, presuponen necesariamente posibles limitaciones o excepciones a su generalización, en el acto mismo de defenderla.

Pero si *hay* limitaciones o excepciones a la verdad de la doctrina de la determinación no racional de los juicios de los hombres, se deduce que en la historia del pensamiento actúan dos tipos de factores; y la tarea del historiador es a la vez –si puede– discernirlos y correlacionarlos y quizás, a largo plazo, llegar a alguna estimación cuantitativa aproximada del papel relativo cumplido por cada uno. Pero hacer esa distinción en ejemplos específicos –cosa que debe hacerse *antes* de que cualquier conclusión general pueda considerarse como establecida– es incuestionablemente una empresa riesgosa e incierta; y cuanto mayor importancia atribuyamos en un comienzo al papel de lo no racional en estas materias, más riesgosa e incierta deberá manifestarse la evaluación de ese papel. Es peligrosamente sencillo encontrar explicaciones más o menos plausibles, en términos de móviles no racionales, para los razonamientos, opiniones o gustos de los otros hombres –“desenmascarar ideologías” que da la casualidad que no nos gustan– y, si consideramos la naturaleza del caso, es sumamente difícil demostrar la corrección o adecuación de esas explicaciones específicas, como no sea mediante una deducción a partir de premisas generales *a priori* dogmáticamente supuestas en un principio: una forma de dar por zanjada una cuestión ejemplificada a enorme escala en nuestro tiempo. No obstante, si el historiador (incluido el biógrafo) tiene suficiente cautela, así como perspicacia, es indudable que puede llegar a esperarse cierto éxito en la delicada tarea de distinguir los dos componentes en la formación de los juicios de los hombres.

Entretanto, la ambición habitual del historiógrafo contemporáneo de encontrar explicaciones “afectivas” o “sociológicas” conjeturales de los hechos de la historia de las ideas no puede justificar, naturalmente –aunque a veces ése puede ser el resultado–, que se omita observar con tanta adecuación, exactitud y equidad como sea posible los hechos a explicar: investigar ampliamente y analizar de modo penetrante, a través de su expresión en palabras, los tipos de ideas que realmente atrajeron a los hombres, señalar cuáles fueron los fundamentos aparentes de las creencias para quienes las sostenían, cómo cambiaron de generación en generación y en qué condiciones se produjeron esos cambios. Aun si la mayoría o la totalidad de los juicios y razonamientos expresados no fueran más que “racionalizaciones” de emociones o antojos ciegos, la naturaleza de éstos debería inferirse principalmente del contenido de aquéllas; de acuerdo con la misma hipótesis, la necesidad de racionalizar no es menos imperativa que los antojos; y una vez constituida una racionalización, los antecedentes hacen que sea improbable –y la evidencia histórica podría mostrar que es falso– que permanezca ociosa e inerte, sin repercusión alguna sobre el lado afectivo de la conciencia de la cual puede haber surgido. Cuando un hombre da una razón de su creencia, su aprobación o desaprobación moral, su preferencia estética, queda –felizmente o no– preso de una trampa; puesto que es probable que la razón entrañe, o parezca entrañar, consecuencias que van mucho más allá del deseo que la generó o son contrarias a él, o bien, no menos inconvenientemente, contrarias a hechos concretos innegables; aunque procure escapar a esas consecuencias, nuestro hombre padecerá la vergüenza de mostrarse irracional ante sus semejantes, por arbitrario e inconsistente; y, después de todo, la aversión a la irracionalidad manifiesta y admitida no es en modo alguno la menos generalizada o vehemente de las emociones en la criatura que desde hace mucho, y con evidente complacencia, se ha acostumbrado a definirse como animal racional. El hombre, por otra parte, no

sólo es un ser incurablemente inquisitivo sino incurablemente raciocinante, y el ejercicio de esta función, como el de otras, es placentero de por sí. Reconocer una distinción elegante, descubrir una nueva verdad o lo que aparece como tal, sentir que estamos razonando bien y rigurosamente, triunfar sobre un problema en un principio desconcertante: todas estas situaciones están acompañadas por una sensación de poder y, en consecuencia, por vívidas satisfacciones. Y éstas no pueden disfrutarse sin presuponer reglas de procedimiento y criterios de éxito no característicos de uno mismo, sino inherentes a la naturaleza del tema.

Por estas razones, si no hubiera otras, el historiógrafo intelectual todavía hará bien en mantener la hipótesis de que la lógica es uno de los factores operativos importantes en la historia del pensamiento, aun cuando no pueda aceptar este supuesto en la forma extrema en que antaño se sostenía. De acuerdo con esa concepción anterior pero hoy en vías de desaparición, lo que observamos en la secuencia temporal de creencias, doctrinas y razonamientos es en lo fundamental el funcionamiento de una dialéctica inmanente por la que las ideas se aclaran progresivamente y, como consecuencia, los problemas se resuelven o al menos se encaminan hacia “soluciones” menos erróneas o inadecuadas. Acaso la razón más fuerte por la que no consideramos convincente este cuadro de un majestuoso movimiento lógico hacia adelante en la historia sea el hecho de que somos cada vez más conscientes del carácter oscilante de gran parte de la historia del pensamiento, al menos del pensamiento occidental, al margen del dominio de la ciencia estrictamente experimental. Sobre cualquier cuestión general susceptible de formularse de manera inteligible hay por lo común dos posiciones extremas no del todo improbables y varias intermedias; y gran parte del espectáculo histórico, en lo que respecta a las tendencias dominantes de períodos sucesivos, parece consistir en cambios alternados de uno a otro extremo, ya sea de manera abrupta o gradual, mediante el paso por las etapas intermedias. Este fenómeno, desde luego, es particularmente notorio en la historia política y social y en la historia del gusto y las artes. Una tendencia a la innovación radical prospera por un tiempo y tal vez termina en una revolución, seguida por una reacción más o menos extrema y un período de conservadurismo dominante. La democracia, o algunos de sus aspectos, reemplazan luego de una lucha prolongada a la monarquía absoluta, para ser repentinamente sucedidos por la dictadura. Éste parece ser el patrón casi universal de las secuencias de la historia político-social, con excepción de las revoluciones contemporáneas que aún no han terminado. Hasta ahora hay en esa historia pocos elementos que alienen la creencia de que se mueve constantemente en una dirección determinada; a largo plazo, y como lo señaló Polibio hace mucho tiempo, tiene mucho más el aspecto de una serie de recurrencias periódicas, aunque los períodos son de muy desigual extensión. De modo que en materia de gusto y modas estéticas, la mayoría de los conocedores de un período se interesan, por ejemplo, sólo en la arquitectura gótica, luego la desprecian, después vuelven a admirarla y más tarde se rebelan una vez más contra ella; el criterio de la excelencia es ora la “forma” fija, ora la “irregularidad” y la libertad de expresión; antaño lo “pintoresco” estaba plenamente en boga, mientras que hoy se lo menosprecia. El “romanticismo”, en alguno de los sentidos de este vago término, desplaza al “clasicismo” en literatura y luego vuelve a cederle su lugar. Si deseamos profetizar el futuro en cualquiera de estas materias, la regla operativa actuarialmente más segura parece ser tomar los ídolos hoy venerados y pronosticar que tarde o temprano se convertirán en espantajos, para ser más adelante ídolos otra vez.

Y ningún observador honesto de la historia de la opinión filosófica puede negar que incluso en ella se produce un fenómeno similar de oscilación. Talantes de intelectualismo radi-

cal son seguidos por antiintelectualismos, de una u otra especie. En la filosofía norteamericana y británica reciente, tras la dominación del idealismo durante una generación, el realismo, como todos sabemos, volvió como un torrente, aunque hoy hay algunos indicios de que la marea está retrocediendo. (Apenas hace falta decir que estas oscilaciones no tienen relevancia para la cuestión de la validez de cualquiera de las concepciones que se suceden; no hay nada más ingenuo o indicativo de que no se ha aprendido una de las verdaderas lecciones de la historia del pensamiento que la tendencia de algunos, incluso entre los filósofos, a considerar el mero hecho de que una forma de pensar esté hoy pasada de moda como demostrativo de que es falsa o bien de que no volverá a tener vigencia.) Decididamente, la historia de la filosofía, en las sucesiones de las ideas y sistemas que exhibe, no es un proceso exclusivamente lógico, en el que la verdad objetiva se revele de manera progresiva en un orden racional; la intrusión de muchos factores pertenecientes a la esfera del psicólogo o el sociólogo, y que no tienen nada que ver con la filosofía como una supuesta ciencia, configuran y desvían su rumbo. Pero como en nuestros días es muy pequeño el riesgo de que este aspecto del asunto sea pasado por alto, es más pertinente extenderse en el residuo de verdad del punto de vista anterior. Todavía es preciso admitir que los filósofos (y hasta los hombres comunes y corrientes) *sí* razonan, y que la secuencia temporal de sus razonamientos, cuando un pensador sigue a otro, suele ser, y en una medida considerable, una secuencia lógicamente motivada e instructiva. Demos un ejemplo muy conocido que casi no suscitará cuestionamientos: tanto Berkeley como Hume llamaron la atención, lisa y llanamente, sobre implicaciones de las premisas de Locke que éste no había visto, implicaciones que realmente estaban allí a la espera, por decirlo así, de que las sacaran a la luz. En ambos casos, tal vez –con seguridad en el de Berkeley–, motivos extralógicos contribuyeron a explicar por qué los filósofos posteriores *advirtieron* esas implicaciones; el idealismo que Berkeley creía posible deducir, en parte, si se combinaba la simple tesis lockeana de que “la mente no tiene objetos inmediatos sino sus propias ideas” con el principio de la parsimonia, era una consecuencia manifiestamente bienvenida por razones religiosas: liquidaba por completo a los materialistas; proporcionaba un nuevo argumento en favor de la existencia de Dios y parecía implicar una relación más directa e íntima, aun en la actividad corriente de la percepción de los sentidos, entre la mente humana y la divina. En el caso de Hume, al menos en sus obras no políticas, es difícil ver alguna motivación extralógica, excepto cierto placer en horrorizar a los ortodoxos y una intensa ambición de conquistar la reputación de escritor original; parece cuestionable si, en el plano emocional, acogía con verdadero beneplácito sus propias conclusiones escépticas. Y aun cuando motivos no lógicos parezcan explicar psicológicamente la disposición de un filósofo a observar un *non sequitur*, un presupuesto no examinado o una implicación no elaborada en una doctrina de su predecesor, lo que sucede con frecuencia, y tal vez habitualmente, es que lo que observa son esos hechos lógicos reales, como lo mostraría con facilidad una revisión de toda la historia de la filosofía. Cuando critican las formas de pensar de otras personas, los hombres apelan inevitable y ampliamente a principios racionales comunes o a lo que en su época se acepta como tales, por parcialmente que puedan seguirlos para llegar a sus propias creencias o valoraciones. En la ofensiva, más de un pensador poco capaz de autocritica ha mostrado ser un razonador agudo y convincente; de modo que, un tanto paradójicamente, los filósofos alcanzaron el mayor esclarecimiento de la lógica de sus problemas a través de sus disputas, y las más de las veces la fría luz blanca de la razón podrá verse surgir en los aspectos polémicos de la historia del pensamiento reflexivo.

El estudio de la historia del pensamiento, entonces, debe encararse aún con una actitud abierta y alerta a la acción de los procesos “intelectuales” en el sentido más restringido, procesos en los que –junto con todos los factores emocionales, las preferencias vagas y cuasi estéticas por uno u otro tipo de concepto, imaginería o “*pathos* metafísico” y las inclinaciones debidas a los intereses personales o grupales– las ideas manifiestan su propia lógica natural. Al decir lógica natural no me refiero necesariamente a una buena lógica. A veces puede serlo y a veces no; y la cuestión de hasta qué punto lo es implicaría una digresión sobre la misma teoría lógica, que estaría fuera de lugar aquí. Pero difícilmente se negará que muchas ideas tienen, si no conexiones necesarias, sí al menos afinidades electivas con otras ideas e incongruencias con unas terceras, y que la mayoría de las proposiciones, tomadas en conjunto con otras que suelen suponerse aunque pueden ser tácitas, tienen implicaciones no siempre evidentes o bienvenidas para quienes las afirman. En síntesis, una idea, después de todo, es no sólo una cosa potente sino obstinada; suele tener su propio “empuje particular”; y la historia del pensamiento es un asunto bilateral: la historia del tráfico y la interacción entre la naturaleza humana, en medio de las exigencias y vicisitudes de la experiencia física, por un lado, y, por el otro, las naturalezas y presiones específicas de las ideas a las que los hombres, por incitaciones muy diversas, dieron cabida en sus mentes. □